De cómo Clavileño no fué destruido

El castillo de los duques que con tantas burlas acogieran a don Quijote había venido muy a menos. Siglos transcurrieron desde aquel entonces y en el tiempo que aconteció lo que se cuenta aquí, un descendiente lo habitaba con sus dos nietos. Los techos se habían hundido, los gruesos muros cuarteábanse, la hiedra subía torres arriba y el musgo asomaba su melancolía entre las piedras que se bamboleaban. El jaramago hacía su ronda que canta el abandono, en torno del castillo; el viento arrastraba a lo largo de las galerías su voz triste y glacial y en las paredes de las vastas salas los tapices caíanse a pedazos. El tráfago de pajes, escuderos, dueñas y demás servidores se fué con los años y ahora la tos seca del viejo duque siempre sentado en su sitial de alto respaldo, el paso cansado del mayordomo anciano y el ruido de las llaves del ama sententona, eran los que interrumpían la fría tranquilidad de la mansión.

Los nietos eran dos niños tristes: doña Ana Margarita con sus quince años ya cumplidos, tendida en el lecho desde hacía tres con aquella enfermedad extraña que la tenía sin fuerzas para caminar. Al ver su bello rostro tan pálido entre la blancura de los almohadones se pensaba en un tallo que al

florecer hubiese sido sorprendido por una helada. Y el heredero del título, el duquesito Santiago, con doce años, un niño silencioso, amigo de pasar las horas muertas asomado al brocal del pozo del patio, escuchando caer las gotas que rezumaban por las paredes o tendido en la hierba atento al cri-cri del grillo campestre. Al ayo le era preciso cerrar las ventanas de la habitación a la hora de las lecciones, porque a lo mejor la atención de su discípulo se escapaba de los latines hacia los cielos o campos adelante.

* * *

Por las noches reuníanse en la gran cocina en torno del fuego, el ama con su rueca, el ayo, el mayordomo y el pastor de cabeza cana envuelto en su pelliza de piel de cabra que no lo desamparaba a pesar del calor que el buen fuego esparciera. El niño se acomodaba en el rincón más oscuro y con los ojos entrecerrados miraba la danza de las llamas en el techo y en las paredes y escuchaba los decires de aquellas gentes.

El huso del ama bailaba entre sus dedos y el niño recordaba oyéndolo, el canto del grillo campestre. El pastor labraba una fantasía suya en un trozo de madera y el ruido seco y pacífico en que parecía vaciarse el pensamiento del buen viejo ponía en el oído del niño algo indefinible que lo hacía sonreír sin saber por qué.

* * *

El ayo trajo una noche un libro para leer durante la velada.

—Hojeando este libro que relata las peregrinas aventuras de un tal don Quijote de la Mancha, he encontrado un divertido pasaje, que parece tomado de la crónica guardada en los archivos de esta casa. Yo he venido a deducir después de varias comparaciones, que los duques aquí nombrados son abuelos de nuestro señor el duque actual.

El mayordomo dijo:—Leed, leed, mi señor don Tomás, pues estoy en ascuas, por saber si la historia que decís es una que yo sé y que ha ido pasando en nuestra familia de padres a hijos. En ella se habla de un tal don Quijote, un loco de remate y de su escudero quienes se hospedaron en este castillo.

Leída la aventura de don Quijote y Sancho sobre el caballo de madera Clavileño, el mayordomo interrumpió al lector:

—A fe mía, mi señor don Tomás que no es muy verdad lo que allí dice, porque según esa letra Clavileño se hizo cenizas o trizas lo cual no es cierto. Quién sabe por qué causa la madera no prendió fuego al volar el animal por la acción de los cohetes de que estaba preñado.

—Tenéis razón amigo—replicó el ayo—. Según la crónica leída por mí, Clavileño no ardió. Un criado recogió los miembros dispersos y los volvió a reunir por orden del duque, quien se propuso guardarlo para mostrarlo a sus amigos cuando les refiriese una tan acabada burla.

Y el mayordomo añadió:

—Habéis de saber, hace muchos años al transportar los muebles de una sala cuyo techo se hundió, a la torre que llamamos del Peregrino, hallé un

extraño armatoste de madera perfectamente conservado, parecido en la figura a un caballo. Las señales del fuego que llevaba en las ancas y el agujero del cuello en donde estuvo la clavija que le hacía volar, me hicieron suponer no era otro que Clavileño el Alígero, sobre el cual ese don Quijote cabalgara con el fin de desencantar a las barbudas dueñas. Nuestro caballo fué construido de buena madera y seguramente aún se conserva sano en la sala de la torre del Peregrino.

* * *

Otro día, apenas las lecciones lo dejaron libre, el niño se escabulló hacia la torre del Peregrino. No le costó mucho trabajo desprender una pieza a la carcomida puerta. Con el corazón tembloroso ascendió por la escalera en caracol. Las piedras se desprendían y los murciélagos lo abanicaban con sus alas pegajosas. Arribó a la rotunda sala por cuyas ventanas de vidrios de colores entraba la luz. Los últimos rayos de un sol primaveral se deslizaban a través de los cristales rotos y ponían su alegría en los arcones, en los tapices y en los retratos seculares.

Frente al retrato de una rubia dama vestida de amazona con su azor al puño—quizá el retrato de la hermosa y bromista duquesa de que nos habla Cervantes—estaba todavía en pie Clavileño el Alígero sumido en la indiferencia que tienen las cosas inanimadas.

Largo rato lo contempló el niño. La dama del azor sonreía a través de una capa de polvo.

Miró en torno suyo como si buscarse algo y al

ver en una panoplia una espada de rica empuñadura sonrió y de un salto—cosa increíble en él dada su tristeza—la descolgó con gran trabajo y la llevó consigo arrastrando. De otro salto encaramóse en Clavileño, sobre el mismo sitio en que el Caballero de la Triste Figura descansara sus posaderas. Bamboleóse y crujió resentido el caballo, pero no cayó.

Con la diestra en la espada, la siniestra a la cintura y el rostro encendido, emprendió un viaje por los aires el duque niño.

La brisa se colaba por los huecos de las ventanas y hacía flotar en torno de la cabeza la cabellera rubia del muchacho. La señora del retrato miraba aquella desenfrenada carrera imaginaria con sus burlones ojos azules.

* * *

El duque Santiago iba a una gruta encantada en donde manaba una fuente de agua milagrosa. Un dragón con la boca más grande que la puerta del castillo, guardaba la entrada. Sin embargo era preciso traer de esta agua que curaba todas las enfermedades a su hermana doña Ana Margarita. Para no tener miedo bastaría recordarle la dolorosa mirada que palpitaba en los ojos zarcos de la niña.

Desmontó, dió golpes con la espada a derecha e izquierda, mató el dragón, cogió el agua y cabalgó de nuevo. Ahora una de sus manos tenía el gesto de sostener un cántaro.

Doña Ana Margarita tomó el agua: inmediatamente florecieron sus mejillas y sus labios y en sus pupilas tembló la alegría como una gota de rocío

sobre una flor. Corrían cogidos de la mano a través de los campos de trigo y a su paso las alondras sorprendidas subían hacia el cielo azul y cantaban: ¡Buenos días doña Aña Margarita! Nos alegramos de que no estés tendida en tu lecho mirando el campo que enmarca tu ventana. Tu hermano mató el dragón y te trajo el agua de la vida. Es un valiente tu hermano!...

El tintineo de las esquilas del rebaño que pasaba bajo la torre lo trajo a la realidad. Su hermana no corría cogida de su mano por los trigales, sino que en ese instante contemplaría desde su lecho, tristemente, los campos envueltos en el crepúsculo.

El niño tenía lágrimas en los ojos.

* * *

La luna nueva brillaba sobre el cielo sereno.

Se escuchaba a lo lejos la gaita de un pastor.

El duque Santiago emprendió otro viaje: quería ver las Siete Cabritas, aquellas cabrillas que según el decir de Sancho eran «como unos alelíos o como unas flores», «dos verdes, dos encarnadas, dos azules y una de mezcla». El no tenía que llevar los ojos vendados. Subía y subía. Las nubes le decían adiós al pasar.

La luna nueva ponía su luz inocente y mansa sobre el crepúsculo y viéndola, recordaba la sonrisa resignada que se tendía sobre el rostro de su hermana cuando él acariciaba sus manos.

Llegó al prado en que pacían las Siete Cabritas. Bajó de su cabalgadura y suplicó a una estrellita errante que pasaba, tuviese cuidado de Clavileño.

La hierba del prado era azul, cuajada de flores

brillantes. Las cabras eran tal cual las describiera Sancho. Bien era verdad que el escudero no habló de los críos que éstas tenían entre las piernas, más blancos que la miga del pan que amasaba la Virgen María, ni de la esquila de oro que llevaban al cuello.

Bajo un árbol, una linda cabreriza vigilaba el rebaño. Tenía una estrella en la frente e hilaba un copo luminoso. La doncella estaba triste y había soltado el hilo que flotaba en el aire.

—Ah! Bien. Ahora sabía de dónde procedía aquella hebra de luz que tantas veces viera brotar de la estrella semejante a una ascua que hay en la vecindad de las Cabritas. Era allá en el castillo de su abuelo, cuando él de noche de codos en su ventana contemplaba el cielo con los ojos llenos de lágrimas por la pena que le daba doña Ana Margarita. Esa estrella tan alegre, tan inquieta, tan diferente a la niña, atraía sus miradas y a él gustábase prender en su pupila el hilo de luz que temblaba en el aire.

El se acercaba a la cabreriza y la saludaba arrastrando por el suelo el plumero de su toca. Se percataba que de los ojos de ella brotaban lágrimas. He aquí un horrible lobo tan grande como un toro y con siete hileras de dientes venía cada día y le comía un animal. Ella se desesperaba por sus Siete Cabras! Ofrecíase el duque a matarlo. Escondíase tras un matorral; el lobo se acercaba rugiendo y echando fuego por los ojos. No tenía miedo, empuñaba la espada con una sola mano y de un tajo cercenaba la cabeza a la fiera. Llevábala a los pies de la cabreriza que lo besaba. Luego ella

abría el zurrón, sacaba queso tierno, higos y miel y almorzaban sobre la hierba. Como la cabreriza era linda la quería hacer su esposa. Dios le pondría entonces también a él una estrella en la frente. Pero el padre de la pastora era un rey muy malo y....

* * *

A la hora de la cena el niño no parecía. El pastor dijo que él lo viera esa tarde escurrirse por un vano de la puerta de la torre del Peregrino. El mayordomo y el ayo fueron en su busca y encontraron al nieto de los duques que con tan festiva crueldad se burlaron de don Quijote, dormido sobre el cuello de Clavileño.

CARMEN LIRA